

HABLA LA MUJER GALLEGA

Respuesta á un Manifiesto

En estos días anduvo por algunas columnas periodísticas un «Manifiesto de la Asociación Nacional de Mujeres» en que se pedía el concurso de las mujeres españolas en frente de las que «quieren independizar á Cataluña y Vasconia». El Manifiesto trae una firma de mujer; el estilo es de la pluma de un hombre, perteneciente, sin duda, á esos centros oficiosos encargados de suministrar el tópico á la conciencia popular, para envenenarla, cuando hay planteada alguna cuestión de importancia nacional.

Nosotras, mujeres gallegas, que no figuramos en esa Asociación Nacional, no queremos ser sordas á esas voces, y, claramente, dignamente, vamos á definir nuestra actitud ante las aspiraciones autonomistas de Vasconia y Cataluña.

El citado manifiesto no nos habla, desde luego, en un lenguaje que pudiéramos entender al punto. Se toca en él con insistencia y aun con cierto gesto pavoroso el problema de la unidad española. Ni aun ese recurso nos ha conmovido, porque al hablarnos de esa unidad nada se dice á nuestro espíritu ni á nuestro corazón, nada se dice al corazón y al espíritu de Galicia, cuyos sacrificios por España no recibieron del centralismo—como acaba de escribir Mariano de Cavia—más compensación que el oprobio y la injusticia. Para nosotros, de hecho esa unidad no existe: carecemos, pues, del órgano del unitarismo, tenemos atrofiada la cuerda sensible de ese españolismo sin valores ponderables, horro de contenidos ideológicos. ¿Cómo en este sentido señoras hemos de entenderlas?

Con la mano puesta sobre el corazón creemos que Cataluña y Vasconia no reclaman sino aquellos derechos que por ley natural y fuero de nacionalidad les corresponden. Galicia, nuestra Patria, está en el mismo caso que esas nacionalidades hermanas y pide á su vez iguales derechos que algún día pueden ser exigidos si ahora no se les conceden. Y las demás nacionalidades ibéricas están en el mismo caso, y sus aspiraciones tendrán en nosotros modestas, pero decididas defensoras.

Vuestra llamada á la mujer española no tiene otro fundamento, á lo que se vé, que la perpetuación de un retoricismo que ha sido harto funesto para España, que aceleró su decadencia y pretendió cohonestar su corrupción política y aun social, repercutiendo por ende interiormente en la vida de aquellos pueblos que, debiendo gobernarse á sí mismos, porque tienen

una vitalidad integral propia, suspendida y deshecha por un accidente histórico, forman el Estado español, hoy ya estéril y caduco para que nacionalidades con personalidad definida, llenas de fecundos anhelos y de nobles corajes contra la incapacidad y la injusticia, se resignen á seguir la misma suerte.

¡La unidad! Pero, señoras, ¿es que España, esa vuestra España que véis en peligro de perecer tan pronto se manumitan sus siervas, estuvo alguna vez unida, de hecho, á estos pueblos sometidos á su férula, sometidos á sus gobiernos oprobiosos y al arbitrio de sus políticos hebenes, inmorales, degenerados y de cultura fósil y retardatoria? ¿Es que, tanto en lo espiritual como en lo político, hubo alguna vez unión entre esta Galicia ultrajada, trabajadora y noble y esa Castilla verbenera, ociosa y taurólatra?

Vosotras invocáis nuestro sentido común para que vayamos de vuestro brazo en estos instantes históricos, contra dos nacionalidades hermanas á las que nos unen robustos vínculos de aspiraciones comunes. Gracias, señoras; pero en fuerza de gastarse pidiéndoos un poco de justicia y un poco de libertad, nos hemos quedado sin él, y hoy con sentido propio, que es el que quisiéramos tuviesen todas las mujeres españolas, nos incorporamos también á los ideales de Vasconia y Cataluña y pedimos el reconocimiento de nuestra personalidad y la soberanía autonómica.

De todas suertes gracias, señoras, por haberos acordado de que en el territorio Ibérico hay un trozo de tierra que se llama Galicia y allí unas mujeres que sienten y piensan. Mas ese recuerdo es tardío. Los pueblos cansados de pedir justicia, llegan á exigirla, en una exaltación de su dignidad y su derecho. Galicia no espera nada de Madrid, de sus gobiernos de pandillaje ni de sus política torpe y mezquina. Ha vivido largo tiempo en el olvido y aún en el desdén, en la más absurda de las postergaciones, y nosotras ante el inicuo abandono hemos vertido muchas lágrimas sin la solidaridad de un corazón amigo, mientras vosotras, señoras, os sentiais halagadas en las *solrées* cortesanas, acaso de brazo de quienes nos reducían a condición de esclavos, ó repartiais sonrisas desde los palcos en las taurinas fiestas nacionales.

Por la Sección Femenina de las "Irmandades da Fala" de Galicia